

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 27 DE NOVIEMBRE DE 1921

NÚM. 19.600

LA MANO DE ALICIA

DURANTE mi estancia en París dejé transcurrir muchos ratos en el *atelier* de Honorio Zarzal, el gran pintor, nuestro ilustre compatriota. Placéme en grado sumo la tranquilidad silenciosa de aquel estudio suntuoso, donde apenas se oía más ruido que el de la espátula raspando el lienzo o las saluciones lacónicas entre el maestro y sus contadísimos visitantes. Era Zarzal de muy pocas palabras y de escasas amistades. Tal vez por eso simpatizamos tanto. Horas y horas permanecíamos juntos sin cambiar una frase. Pintaba él a destajo, con aquella rapidez característica que le valió el mismo remoquete de *Fa presto* que antaño fué adjudicado a Jordán; y, mientras, yo leía, o contemplaba su labor, o entreteníame hurgando por los rincones del estudio, plétórico de obras de arte.

Un día descubrí, casi oculta por riquísimo brocado que cubría un bargueño del centista de primorosa talla, cierta pequeña escultura ante la cual no pude reprimir una exclamación admirativa. Era una mano de mujer, tallada en mármol impecable, con las uñas de ágata rosa. La factura incomparable y la rara perfección del objeto reproducido hacían pensar en una fantasía de artista más que en la copia exacta de un modelo. Dijérase la mano de una virgen de Típolo o Piturichio desprendida del cuadro y por obra de magia hecha relieve.

—Esto es nuevo, ¿verdad, Honorio?... Por lo menos, yo no lo he visto hasta hoy...

Levantó él la vista del cuadro para fijarla en mí.

—¡Ah! ¿Te ha chocado la mano de Alicia? Ayer mismo la adquirí en una subasta... Pronto has dado con ella. Más de veinte años llevaba persiguiéndola.

—¿De modo que conoces la existencia de esta lindísima escultura? Zarzal sonrió al escuchar mi réplica.

—¿No había de conocer?... Como que es obra mía, la más preciada de mis obras, con la que gané la primera cantidad apreciable.

—Ignoraba yo que fueses escultor.

—Tuve ansias de serlo en los comienzos de mi carrera. Creía servir para ese arte más que para otro alguno.

—Y, sin embargo, dejaste de cultivarlo.

—Por culpa de esa mano que tanto ha atraído tu atención.

—No sería por considerarte impotente luego de realizar tal maravilla.

—Más bien por todo lo contrario... Me juzgué incapaz de superarme después de esculpir esa mano, y abandoné para siempre el barro graso y los palillos de modelar... Hubo, además, otras circunstancias que robustecieron mi decisión... ¡Oh, la mano de Alicia! ¡Qué de cosas pudiera referirnos, si habláramos!

—Ante todo, ¿quién era Alicia? ¿Fue un ser real o quimérico? ¿Dejaste volar

la imaginación al reproducir su mano? Porque dudo que esa perfección tan absoluta haya existido jamás.

—Te equivocas. Las manos de Alicia eran tan primorosas como ésta. No digo

—¡Psé! Como todas.

—Según tu criterio, naturalmente.

—Ya sabes que soy escéptico en la materia. La quise como un loco, y me traicionó. ¿De qué manera he de juz-

pósito de no desprenderme de ella jamás. Pero yo no contaba con que Alicia era mala. Pedía dinero, siempre dinero, y yo tenía muy poco. Para colmo de males, habíame atrasado en la confección de cuadritos, y carecíamos hasta de lo más necesario. Alicia me quería, y no supo resistir la adversidad. Un día me propuso que vendiese la mano. «Ayer la he llevado al marchante para que la viese—me dijo—y me ofreció mil pesetas. Tú verás si es cosa de que nos muramos de hambre.» Lloré, supliqué; creo que hasta la amenacé para disuadirla. En vano. Era de hielo aquella infame. Tuve que ceder. Pero maldije mi obra, deseando que llevase consigo malediciosos tremendos, que sembrara en su redor la desdicha y la muerte.

—¡Demonio! ¡Formidable jettatura! ¿Y se cumplió tu maldición?

—En absoluto. Era entonces tan firme mi voluntad, que lo conseguía todo... menos dominar a una mujer. Compré la escultura el marqués del Crepúsculo Vespertino, un imbécil adinerado que pagó mil duros por mi obra. Entusiasmóse con la mano y quiso conocer el original. No faltó quien le enseñáramos... Un día, Alicia desapareció de mi casa para no volver. El marquésito la instaló regiamente, gastando con ella su pingüe patrimonio. Cuando quedó totalmente desplumado, Alicia le abandonó tranquilamente, y él, viéndose sin un céntimo y sin ella, se pegó un tiro.

—¡El maleficio empezaba a cumplirse!

—Los muebles del marqués se vendieron en pública almoneda. Entre otros objetos de la galería artística, la mano de Alicia fué adjudicada al banquero Huelves, entonces poderoso, poco después envuelto en la quiebra bochornosa del Banco Ibérico, que le costó la ruina, impulsándole al suicidio...

—¡Van dos!

—Durante larga temporada, la mano permaneció escondida en el tabuco de un chamarilero, hasta que la descubrió un inglés millonario, llevándosela a su palacio de Londres. Allí estuvo algún tiempo; pero el *spleen*, el maldito *spleen*, se apoderó del buen lord, y un buen día tuvo la ocurrencia de abrirse una vena en el baño, para morir de una manera clásica...

—¡Tres!

—Perdí luego de vista largos años mi escultura; más no por eso la olvidé. Lejos de ello, no bien estuve en condiciones económicas, me propuse recuperarla a cualquier precio en la primera oportunidad. Hice pesquisas, ofrecí comisiones, azucé a marchantes y chamarileros con la perspectiva de pingüe ganancia... Todo en vano. Persuadíme, al fin, de que sólo la casualidad podría venir en mi auxilio. Y así fué. Supe ayer que subastaban el mobiliario de Gaby

POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTORESCA



HILANDERAS LEONESAS, CUADRO DE JOAQUÍN AGRASOT

que más bellas aún, porque puse mi alma entera en la reproducción y logré igualar el modelo incomparable. Por lo demás, Alicia era... una mujer.

—¡Hombre! Ya me lo figuro.

—Quiero decir que no era más que eso. Una de tantas. Una cualquiera. Ni mejor ni peor que otras muchas.

—Por el tono con que lo dices, creo entender que era mala.

garia? Fué en los albores de mi vida, cuando se adquieren las convicciones más firmes. Para sostener el nido de ilusiones que formé con ella, pintaba yo cuadritos que malvendía a un marchante. Pero mi anhelo era la escultura. Robando tiempo al descanso, modelé la mano de Alicia con todo el fervor de quien cumple un rito. Extasiado con mi obra cuando la vi concluida, formé el pro-

NOVELAS MÍNIMAS

BUENOS OJOS TIENES

Delza, la célebre cantante que sucumbió por el abuso de la morfina...

—¡Demonio! ¡El cuarto fiambre!
—Es posible que haya alguno intermedio que desconozco. Ello es que acudí casualmente a la subasta y pude adquirir, pasados veinte años, la mano de Alicia...
—¿Y no temes que te alcance el maleficio?

Honorio Zarzal se encogió de hombros.
—¡Bah! Nada me importa. Venga la Pálida cuando quiera, que más bien he de recibirla con regocijo. Pero no hay cuidado. Estoy seguro de no suicidarme, que es la forma en que se manifiesta la *jettatura*...

Hablaba con plena convicción. Y, sin embargo...

Antonio Zarzal había terminado por entonces una obra magna: eran doce *panneaux* decorativos para el gran salón de recreos del Templo del Azar, en Minneapolis. Cada uno de aquellos cuadros suponía seis meses de labor. Varios años invertidos en una empresa que representaba una fortuna; pero que, impidiéndole dedicarse a otros trabajos, había obligado a atrasarse económicamente. Hombre espléndido y manirroto, jamás se preocupó de constituir un fondo de resistencia. Más de una vez le reconvinieron por ello; pero él se burlaba de mis admoniciones.

—¿Para quién he de ahorrar? Soy solo, me gusta vivir bien... Que rueden las monedas; para eso son redondas. Nunca me ha faltado nada; si ahora me ves un poco apurado, en cuanto lleguen los cuadros a América y me giren su importe, nadaré en la abundancia...

—¿Los has asegurado contra cualquier eventualidad en la travesía?

—No... No se me ha ocurrido...

Navegaban en el *Lusitania*, cuyo torpedeamiento conmovió al mundo durante la gran guerra. Apenas supe la trágica noticia, tuve el presentimiento de algo grave, y acudí con presteza al estudio de Zarzal. No me engañaron mis temores. Balanceándose del techo, pendiente de una cuerda, estaba el pintor, que no quiso sobrevivir a su ruina... Una vez más habíase cumplido el maleficio.

Intervine en el sepelio de Zarzal, como su mejor amigo, y en el inventario de sus bienes—los objetos de arte acumulados en el *atelier*—, que fueron subastados para pago de acreedores. En compensación a mis trabajos, diéronme opción para quedarme con lo que fuese de mi agrado, a precio de tasa. Una fuerza inexplicable me indujo a detraer la mano de Alicia. Pagué por ella los dos mil francos en que fué justificada, y salí del estudio satisfecho de mi adquisición. Sentéme en el jardín del Luxemburgo, y extrayendo del bolsillo la escultura maravillosa, la contemplé durante largo rato. Aún me parecía más bella al verla mía. No dejé detalle por escrutar ni perfección por reconocer. Sentíame orgulloso y feliz sabiéndome dueño de tal joya.

Unas voces infantiles me sacaron de mi abstracción admirativa.

—¡Es la mano de un muerto!—decía un niño. Y otros muchos repetían a coro:

—¡La mano de un muerto! ¡La mano de un muerto!

La guardé precipitadamente y eché a andar con paso rapidísimo. Viéndome fuera del jardín, respiré satisfecho, dual si hubiese escapado de un peligro. Pero entonces, sin explicarme la causa, un terror supersticioso se apoderó de mí. ¡Llevaba en el bolsillo la *jettatura*, el anuncio infalible de mi trágica muerte! Por muy seguro que estuviera de mí mismo, el espanto fué más poderoso que mi voluntad. Inconsciente, medio loco, me encaminé al puente más próximo y arrojé la escultura maravillosa a las aguas negras del Sena.

A. MARTINEZ OLMEDILLA

Yo sé el secreto.
Ahora, como ya hace tanto tiempo, puede contarse todo. Además—¡Dios sea alabado!—, ella se fué contenta en aquella mañana gozosa del día del Corpus.

Vivía ahí, un poco más abajo, casi en la esquina. Su padre trabajaba en el portal, siempre con su nariz enrojecida, su bigote crespo y duro y sus ojillos grises y brillantes, llenos de las malicias del oficio. Trabajaba alegremente, golpeando la suela con su martillo, estirando con las dos manos a un tiempo el largo hilo encerado.

De tiempo en tiempo dejaba su tarea; salía a la calle, miraba al cielo mientras se aupaba los viejos pantalones, y luego de carraspear sonoramente, entraba en la taberna vecina. Salía limpiándose la boca con el dorso de la mano y removiéndolo y guiñando los ojos con satisfacción.

—¡A trabajar, Gregorio!—se decía—. Y trabajaba un rato.

Esto era muy de mañana. Ella, entre tanto, trajinaba en la casa. Luego se

sentaba a coser junto a su padre. Pero ya estaba el viejo muy contento.

—Vamos, ven aquí, espanto; a ver si me enhebras esta aguja.

Ella enhebraba la aguja, sonriendo.

—¡Mira que eres fea, hija mía!...

Ella bajaba la cabeza, humillada y encendida, y el zapatero salía a la calle; miraba al cielo a tiempo que se aupaba los viejos pantalones, y, luego de carraspear sonoramente, se entraba en la taberna.

¡Ay, Señor! ¡Sí que era fea la pobre!... Fea y simple como una bienaventurada. Bajita, contrahecha, tímida y sumisa como un can; ¡pero tan dulce, tan suave, con una bondad tan triste, tan dolorosa y resignada, que era una santica; una santica fea y un poco boba! Tenían un don de suavidad sus manos. Cuanto tocaba parecía llenarse de su ternura.

La ropa la dejaba blanca como la misma nieve; pero no tiesa, áspera, sino tibia, dúctil, acogedora y blanda. Los enseres de la cocina parecían nuevos siempre, y la casa toda, a pesar del zapatero, tenía ese aire indefinible de limpieza, de ternura de hogar, de cosa buena. Mansamente, con una actividad calmosa, se

rena, ella iba y venía sin apresuramientos; y todo tras ella quedaba hecho y como purificado. ¡Ángel de Dios!...

El padre reñía mucho. Cuando llegaba la tarde se ponía furioso—¡había mirado al cielo tantas veces!—y la insultaba sin piedad.

—¡Fea! ¡Tonta! Tienes la nariz como una patata. ¡Largo de aquí!

Y hasta alguna vez llegó a pegarle.

Ella no decía nada. ¡Nunca decía nada! ¡Si era tan buena! Su madre estaba allá esperándola, y ella rezaba siempre por las dos.

Hay vidas muy tristes. Vidas sin luz, sin un rayito de alegría, sin una canción. Vidas que cuando se apagan son... como nada, como si no se hubiesen encendido nunca. ¡Sólo Dios ve la llama de esos corazones!

Pero un día... ¡Ay, mi Dios, qué cosa más grande!...

Pues ocurrió que un día—era domingo—estaba ella en la esquina y se le acercó Antón, el carpintero.

—¡Hola, Cipriana!

—¡Adiós, Antón!

—¿Qué, ¿tomas el fresco?

—Vaya que sí.

—Buenos ojos tienes, mujer.

¡Señor!... Corrió hacia su casa toda ruborosa, sobresaltada, trémula. Tropezó con la mesa de su padre y se escondió en su cuarto. ¡Qué vergüenza! ¡Aquello era un pirolo! «Buenos ojos tienes, mujer.» ¡Jesús, María!

Se fué tranquilizando. Luego se miró en el espejo. ¡Vaya! Fea, sí que lo era; pero los ojos... Los entornó, los guiñó, los hizo girar... ¡Y ya no pudo vivir tranquila!

Noche y día, con gozo y con dolor, pensó en Antón. «Buenos ojos tienes, mujer.»

Y su alma simple, su alma transparente, su alma purísima, se fué llenando de un suave amor, de un profundo y sereno amor, de un ardiente y doloroso amor...

Salía a la esquina. Se repeinaba, se empolvaba, se ponía lacitos en el pecho hundido.

—¡Esperpento, esperpento!—decía su padre—. Con azúcar estás peor.

Y ella, recordando de pronto su fealdad y su insignificancia, lloraba, lloraba sin consuelo. Pero como tenía el alma iluminada, nuevamente volvía a la esquina, se asomaba a la puerta, esperaba, esperaba... ¡Y Antón no venía!

Señor; entonces, ¿para qué le había dicho aquello: «Buenos ojos tienes, mujer»?

Pasó el tiempo. Ella no notaba nada. Estaba absorta en la contemplación de su cariño, en aquel florecimiento de su alma virgen, que era como un rosal de rosas blancas.

Su padre reñía con más frecuencia, sin esperar ya a la tarde. Pero a ella no le importaba. Tenía su lámpara encendida y cuidaba de que no pudiera apagarse.

Y pasó más tiempo, mucho más tiempo, aún.

Una tarde se llevaron a su padre camino del camposanto.

Se quedó sola. Y—vamos a acabar—se hizo vieja. Una viejecita limpia, compuesta, que todas las tardes en verano y todas las mañanicas en invierno pasaba un rato en la esquina.

¡Ay, Señor, qué pena da contarlo! Un día del Corpus, una mañana azul, radiante, llena de gozo, de volar de palomas, de claros volteos de campanas, de olor a incienso y rosa; una mañana del Corpus, la dulce, la tímida viejecita, el alma pura y enamorada, se fué a su reino. Se fué—yo os lo digo—pensando en encontrar allá, más allá, a Antón el carpintero, el del único pirolo: «Buenos ojos tienes, mujer.»

Y su muerte fué como si no hubiese pasado nada.

F. MARTINEZ-CORBALAN

LAS ALAS

¿Es la vida deseo? ¿El sufrimiento de tener que morir? La vida es... todo lo que tiende a subir, lo que se eleva del suelo frío por su esfuerzo sólo y se alza enamorado de un celaje, y como árbol frondoso, como águila caudal reina del viento, como supremo arrojo del atrevido pensamiento humano, que, entre dos astros de los más hermosos, apalanca un cincel en la turquesa de la capa del cielo, por ver roto el muro que limita el infinito... lejano, incierto, oscuro, misterioso... La vida es la ilusión de lo que vive; la vida es el afán por lo remoto, y el Amor y el Dolor son las dos alas conque, venciendo al viento proceloso, subir desde la cuna en la honda tierra hasta el sepulcro en el celaje de oro.

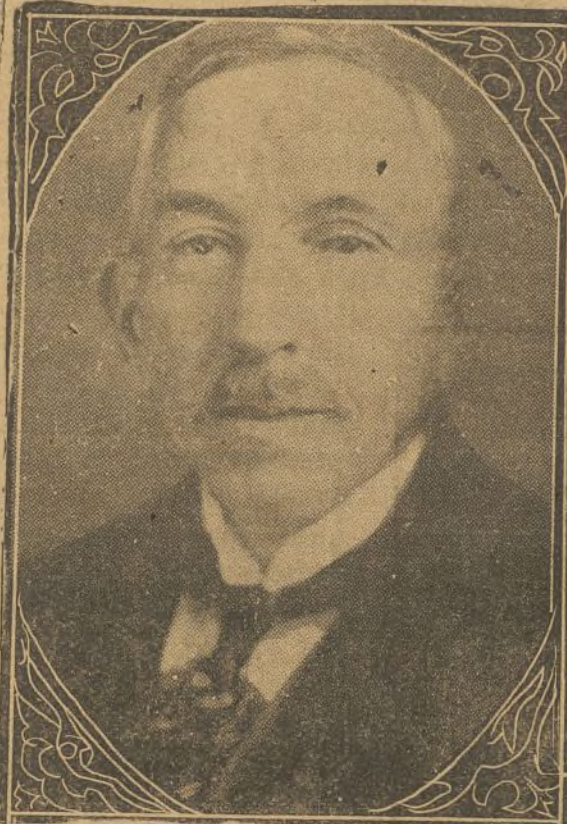
Belisa: las dos alas con que vencer al viento proceloso, se animan y se engarzan en el gozne de nuestro corazón, vivo tesoro, manantial nunca seco, flor y fruto, sed insaciable y sol siempre en el orto. Belisa: En nuestro pecho, el corazón devoto retoña, se florece y fructifica, fecundo por el arte, y orgulloso y henchido, se reviste del plumaje del buche petulante de un palomo, —símbolo del espíritu divino— que despiende a los hombres, y en sus ojos enardece las llamas del deseo, de la ambición, de la inquietud... de todo lo que tiende a subir.

Belisa: cuida como vestal el fuego fervoroso que calienta el crisol donde se funden dolor de Amor y amores dolorosos, gozne cordial que engarza las dos alas conque volar al palomar remoto.

Enrique LOPEZ ALARCON

ACTUALIDAD GRÁFICA

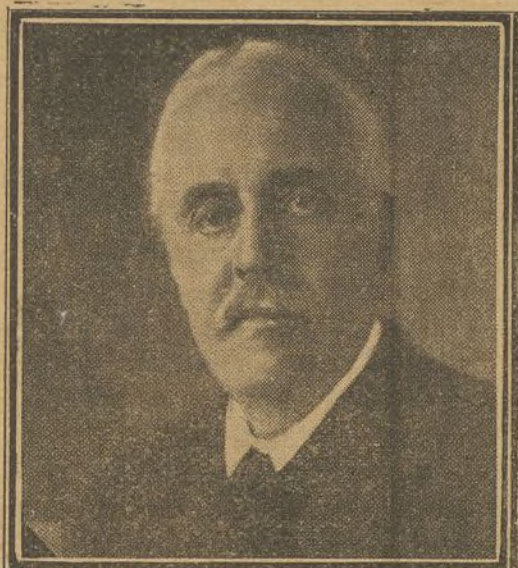
LA CONFERENCIA DE WASHINGTON



El presidente de los Estados Unidos Mr. Harding, promotor de la Conferencia de Washington



Mister W. M. Hughes, primer ministro de Australia y uno de los principales defensores de la Conferencia de Washington



Mister Balfour, ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra, que aceptó en principio la proposición del desarme naval



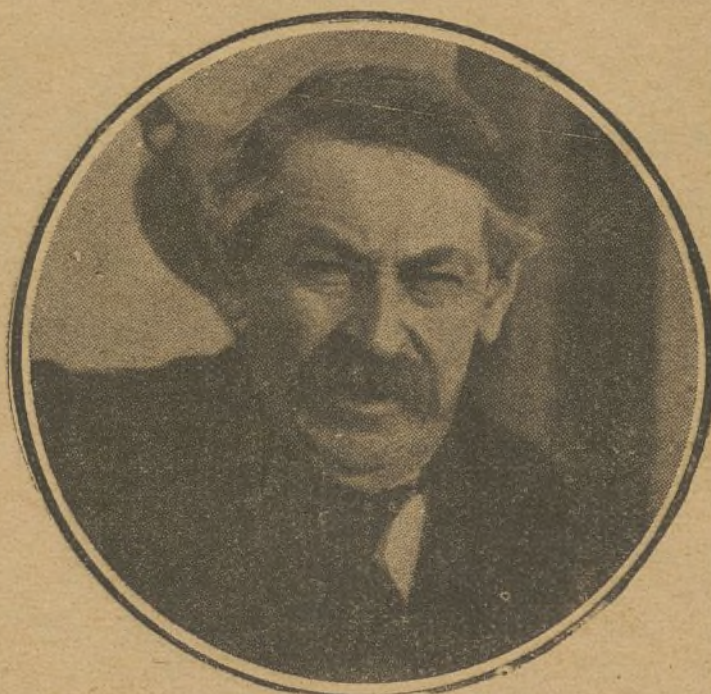
El presidente de los Estados Unidos encendiendo por medio de un conmutador el arco de 74.000 bombillas que indicó al público de Washington la apertura de la Conferencia.—Un aspecto de la Asamblea



El vicealmirante Kato, delegado del Japón, que acogió en nombre de su país, la proposición del desarme marítimo



La Delegación China saliendo de la sesión en que se discutió el régimen futuro de su país



Monsieur Briand, partidario de los submarinos como arma defensiva necesaria para las potencias secundarias

El relevo de un capitán general



Don Miguel Primo de Rivera, que ha sido relevado después de su intervención en el debate sobre Marruecos.



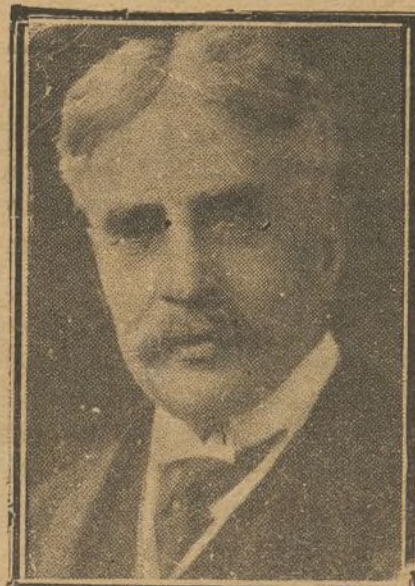
Los representantes del Japón después de deliberar sobre la construcción de las grandes unidades marítimas.



El delegado de la India, que ha tomado parte como representante de la colonia británica

La Conferencia del desarme constituye la actualidad mundial. ¿Saldrá de ella la paz? ¿Comenzará después de su clausura un nuevo período de aprestos belicosos preparatorios de otra gran guerra? Nadie puede asegurar todavía nada. Los mismos actores de la Conferencia deben ignorarlo

Los temas fundamentales que motivaron la reunión se han aceptado en principio; pero los representantes de los pueblos disienten en los detalles. ¿Se subordinará lo secundario a lo principal? *That is the question.* Sin embargo, los últimos informes favorecen las tendencias optimistas



El representante del Canadá, que ha intervenido como delegado de un Dominio británico

MONASTERIOS
ESPAÑOLES

GOYA EN «AULA DEI»

A PENAS salimos de Zaragoza, por la carretera de Peñafiel, el día, encapotado y triste, empieza a despejarse rápidamente, anunciando en lontananza claridades gozosas. Unas pomposas nubes acumuladas en la ribera desplazan su barroca silueta, y al desprenderse se desgajan en vellones que los dedos azules del viento desfilan, esparciendo las tenues hilachas por la tersura del cielo que se descubre por completo. A medida que el coche avanza, los colores de la campiña se acusan más puros y vibrantes, haciendo presentir la proximidad de las intensas tonalidades goyescas. Brilla el sol y, al filtrarse por entre las ramas, llena el camino de inquietas sombras entrelazadas, análogas a las profusas y redondas manchas que cubren las ancas tordas de las jacas.

A los doce kilómetros de trote acompasado se detiene el coche en un apacible remanso de la vega. Hemos llegado junto al recinto de la Cartuja de Aula-Dei, que se alza entre las más fragantes huertas del valle del Gállego y ofrece, como una crestería dentada, la silueta de sus celdas independientes y contiguas, y rematada cada una por la solana, la chimenea y la espadaña, que forman en conjunto el gracioso perfil de un palomar. En el centro está el templo y en él la importantísima colección de pinturas murales que Goya realizó—por encargo de un prior amigo suyo, fray Félix Salcedo—, y que si no han logrado la popularidad que merecen es culpa de la crítica, que les concedió bien escasa atención hasta los recientes trabajos de los señores Bernuete y Valenzuela.

Maltratado este templo, como otros muchos, por las tropas de Napoleón, que acuartelaron en él, sufrió destrozos tan considerables que acabó por quedar abandonado, hasta que en 1901 unos monjes cartujos, franceses en su mayoría, se instalaron aquí, restaurando el convento completamente.

De las once composiciones, amplias, sencillas y armoniosas, que Goya pintó (al óleo, sobre la pared preparada en rojo), sólo tres se conservan intactas; cuatro fueron restauradas y las demás rehechas y firmadas (1903) por los hermanos Buffet, quienes imprimieron en ellas el gusto de la pléyade de los discípulos de Ingres.

La *Visión de la Virgen y de San José* es una triple composición de sobrepuerta, de la cual se conserva la parte izquierda y alta, y cuyo principal interés está en varias figuras de ángeles que sorprenden por el atrevimiento de sus líneas en una obra de juventud todavía.

Por su carencia misma de representación formal determinada, han sido los ángeles uno de los temas que en la Historia del Arte más diversamente se han

interpretado. Basta recordar ejemplos tan distintos y aun opuestos como los ángeles sin alas de los primeros siglos de arte cristiano y repetidos por escuelas más modernas: los ángeles litúrgicos de Van Eyck o Fray Angélico; los ángeles patinadores, de Perugino; el ángel-adolescente, de Botticelli, y el ángel-amor, (putti), de Donatello; los ángeles femeninos...

radores, con el más frío academismo.

Surge ante estas pinturas un tema obligado y bien interesante: el sentimiento religioso en Goya. La absoluta ausencia de teatralidad y pompa en las composiciones, la mesura y la sobriedad en las actitudes de estos santos tan humanos, tan del pueblo, nos están ofreciendo la respuesta: no hay en Goya misticismo,

de hijo y de cristiano: el amor a la Virgen Madre. («Te voy a hacer una Virgen del Carmen; verás que hermosa es»—dice en carta a Zapata.)

El sentimiento religioso en la obra de Goya está todavía por estudiar, pues una mirada superficial dirigida al *Cristo* del Museo del Prado ha bastado a negarlo en absoluto. Y ya que este lienzo hemos ci-

tado, convendrá decir que no pasa de ser un tópico la idea vulgar e injusta de oponer, como modelo de espíritu místico, a este *Cristo* el maravilloso de Velázquez. Pues, atendiendo sólo a ese espíritu místico, ¿puede sostenerse tal oposición? No; ni hay tanta diferencia entre uno y otro, ni Goya tiene que reconocer una superioridad que encarnaría, bien para muchos, en la frase de Donatello a Brunellesco: «A ti te fué concedida la gracia de hacer Cristos, y a mí la de hacer jayanes.» Son ambos Cristos bien realistas; pero en tanto en el de Goya hay ruda franqueza y falta de artificio, en el de Velázquez hay hábil ocultación de los elementos perjudiciales y delatores. Es la obra de un artista consciente que no puede aportar espíritu místico, infundir unción, y trata de quitar materia y de ocultar la tierra. Si alzase el rostro veríamos que no es tampoco mas que un retrato, acaso el de Velázquez mismo, y que si el uno es un chispero de *Los mamelucos*, el otro es un soldado de *Las Lanzas...*; pero detengámonos, que, sin salir de su recinto, estamos ya muy lejos de Aula-Dei...

Partiamos ya del convento, y al cruzar el claustro, a la luz espectral y amable de una ventana de alabastro, vimos en el muro el escudo de la Gran Cartuja, en el cual un mundo rematado por una cruz, y rodeado de siete estrellas, lleva el lema: *Stat Crux dum voluit orbis* (Mientras el orbe gira, la Cruz permanece).

Y ahora que ordenamos estas notas al pie de un álbum que regala «la fragante amistad de su sombra», y mientras oscilan sus hojas sobre las cuartillas, como queriendo borrar lo escrito, y trinan en el aire bulliciosamente, como gloriosas campanillas de plata, está

árbol viene a recordar el lema, cartujo con su pura actitud: «Firme en la esencia, y en lo mudable, vano.» Cordial y simultáneo ejemplo de inquietud y firmeza que—como Goya mismo—da el árbol: inquietud nerviosa y ávida de agitarse y cambiar de color y de luz, de reflejo, a todos los vientos, de estremecerse y vibrar para refrescar en el aire la sed implacable que agosta el alma...; firmeza de corazón y de tronco, de esencia, que no lo gran conmover las sacudidas exteriores, las ráfagas que se extinguen sin perturbar la raíz maravillosa de la fe, remota y honda.

Antonio MARICHALAR



EL NACIMIENTO DE LA VIRGEN.—FRAGMENTO DE LA DECORACIÓN MURAL DE «AULA DEI»

Este fué el tipo que, en general, adoptó Goya y que definió en la Florida espléndidamente. Los de aquí no tienen aún tanta graciosa seriedad, y en sus violentos aleteos (de un sentimiento moderno, a lo Besnard), late ya, audaz, la impaciencia del genio.

Consérvase de la segunda pintura un grupo de mujeres que asisten al *Nacimiento de la Virgen*. A la siguiente, *Los Desposorios*, también restaurada, siguen *La Visitación*, *La Circuncisión* (en tríptico) y *La Purificación*, admirablemente conservadas, y a éstas *La Adoración de los Reyes*, repintada, y *La Huida a Egipto*, del todo rehecha por los restau-

porque no le inquieta el anhelo divino; no hay exaltación, porque no siente la sed de Dios, es cierto; pero tampoco se halla en su obra negación ni siquiera indiferencia ante la esencia. Este gran burlador, este feroz escéptico, violento y desesperado, que nada parece respetar, y que al perder el amor de su vida, olvida las gayas alegrías de los *Tapices* para trocárselas por las monstruosas lobrequeces de la *Casa del Sordo* y arremeter sin piedad contra todo...; guarda en el fondo de su alma un rincón intangible donde anida la fe de su raza, y en su corazón firme, de aragonés, una creencia inmutable, y, más en la entraña, un amor

Ayuntamiento de Madrid

LOS TRES HUEVOS DEL AGUILA REAL

MARUXILLA era una pastora muy linda, que se pasaba los días hilando, cantando y guardando su rebaño de ovejas; y tanto quería a éstas, que las tenía siempre más blancas que la misma nieve y adornadas con lazos y moñas de tinta rosa.

Un día, una de las ovejas, llamada Blanquita, que siempre había sido algo traviesa—todo lo traviesa que puede ser una oveja—, se escapó montaña arriba, y la pastora, dejando su rebaño guardado por el perro, «Sultán», echó a correr detrás de ella.

A media mañana, de pronto, Maruxilla se detuvo maravillada: ante ella, en el hueco de una roca, en un nido enorme, había tres huevos blancos, magníficos, descomunales: nunca en su vida de pastora había visto ella huevos tan hermosos.

Ni corta ni perezosa, recogió su delantalito de batista azul, puso los tres huevos en él y se disponía a seguir la persecución de la desertora Blanquita, cuando de pronto, con un ruido de alas espantoso, un águila colosal descendió de las alturas. Maruxilla se sintió cogida por los hombros entre las terribles garras, levantada en vilo y llevada a través de los aires con una rapidez tan vertiginosa, que antes de poder lanzar un grito había llegado a la cima de la montaña.

Entonces el águila se detuvo, dejó su presa, se colocó ante ella, y, mirándola con una mirada implacable, la dijo:

—Niña imprudente y temeraria: has robado los tres huevos que yo, la reina de las águilas, tenía en mi nido. Devuélvemelos ahora mismo.

Pero ¡ay! con la sorpresa y el susto de su carrera aérea, Maruxilla había soltado su delantal, y ¡Dios sabía adónde habían ido a parar los tres huevos!

—No los tengo—murmuró—; no sé dónde están.

—¿Crees que me conformo tan fácilmente?—dijo el pájaro con un silbido feroz—.

Te doy un plazo de tres días para encontrarlos y traerlos a mi nido. Si no, te alcanzaré, estés donde estés, y con mi pico y con mis garras te mataré.

Desplegó sus alas inmensas y desapareció. Maruxilla bajó de la montaña, encontró a la traviesa Blanquita, se reunió con su rebaño, y, sentándose en el suelo, se echó a llorar amargamente.

—¡Maruxilla! ¡Maruxilla!—llamó una vozecita aguda—. ¿Qué te pasa?

La niña levantó la cabeza; ante ella, sobre la rama de un árbol, había un pajarillo azul que la miraba con simpatía. La pastorcilla le contó la terrible aventura.

—Me llamo Martín Pescador—dijo el pajarillo—, y puedo darte noticias de uno de los huevos: ha caído en el río, y ahora veremos cómo lo encontramos.

Metió el pico en el agua, sacó un pececillo colorado, lo dejó en la hierba y le dijo:

—Si no quieres que te coma crudo, dime lo que ha sido del huevo del águila real que ha caído al río.

—Ha sido cogido por el señor Salmón—murmuró el pececillo, tiritando de frío y de miedo.

De un picotazo, Martín Pescador le arrojó de nuevo al agua, y declaró, dándose cierta importancia:

—El Salmón es un señor muy encoquetado; pero con él estoy en excelentes relaciones.

Y llamó:

—¡Salmón! ¡Salmón!

—¿Qué quieres, amigo?—preguntó un salmón rosa enorme saliendo del agua.

—¿Tendrías la amabilidad de decirme lo que has hecho con el huevo del águila real?

—Todavía lo tengo en la garganta—dijo el salmón, que hablaba, en efecto, con cierta dificultad—; es tan gordo, que no ha podido pasar. De buena gana se lo regalaría a quien me lo sacase.

—Solamente el doctor Cuervo es capaz de efectuar una operación tan delicada—dijo Martín Pescador.

Y llamó:

—¡Cuervo! ¡Amigo Cuervo! ¡Acude!

El Cuervo acudió a todo volar; se puso unas gafas muy grandes, metió el pico en la garganta del glotón y sacó triunfalmente el hermoso huevo, del que Maruxilla se apoderó con un grito de alegría.

—Ya tienes uno—dijo el amable Mar-

tín Pescador—. Te deseo buena suerte para hallar los otros dos.

El Martín Pescador, el Cuervo y el Salmón desaparecieron, y Maruxilla volvió a encontrarse sola.

—¡Dios mío!—pensó—. Un huevo solo no me librará de las terribles garras del águila real.

Anduvo al azar todo el día; por la noche, con los pies ensangrentados por las piedras del camino y los ojos arrasados por las lágrimas, se halló en un bosque, lejos, muy lejos de su rebaño. Sintió hambre; en el bolsillo, por casualidad, tenía un pedazo de pan. Se disponía a comerlo cuando pasó una vieja desarrapada, que le tendió la mano y la miró con ojos suplicantes.

Maruxilla no vaciló y le dio su pan.

—Gracias—dijo la vieja—; eres buena. Yo sólo poseo una nuez: tómalas, te la regalo. Quizás valga más de lo que parece.

Y se alejó.

—¿Qué puede valer una nuez?—pensaba Maruxilla—. ¡Bah! La pobre vieja chochea sin duda. Y menos mal si la nuez no está vana.

Fué a dascar la nuez cuando ¡oh, maravilla! las gáscaras se separaron solas



y de ellas surgió, como por obra de magia, un huevo blanco, enorme, magnífico: el segundo huevo del águila real.

Cantando y bailando volvió Maruxilla junto a su rebaño.

—¡Ya tengo dos!—gritaba—. ¡Ya sólo me falta uno!

—Ese será el más difícil de recuperar—dijo una voz detrás de ella.

Maruxilla se volvió asustada y vió un enanito con lengua barba blanca, traje encarnado y gorro de terciopelo negro adornado con cascabeles de plata: todo ello del tamaño de un dedo meñique.

—El tercer huevo—añadió el enanito—lo tiene la ogresa Viborina.

—¡Allá voy!—declaró Maruxilla, muy resuelta.

—Es que ante la casa de la ogresa hay un río profundo, sin puente ni vado. Cierra el huerto una verja tan oxidada, que no hay poder humano que la abra; guarda la finca un mastín más feroz que un lobo; en el jardín, hay un pozo, y junto a él una mujer encargada de ahogar a todo el que logre acercarse, y en la cocina hay otra mujer con la orden de atravesar con su cuchillo al temerario mortal que salvase tan infranqueables obstáculos y se librase de tan horrendos peligros. Como si todo esto fuera poco, a la ogresa Viborina le basta con abrir y cerrar la boca para tragarse cruda a una persona con la misma facilidad con que tú te tragas un bombón.

—¿Y dices que el tercer huevo?—murmuró Maruxilla desconcertada.

—... Está en la alcoba de Viborina, sobre su mesa, encerrado en una caja de cristal—declaró el hombrecillo, riendo a carcajadas.

—¡Dios mío! ¡Estoy perdida!—sollozó la pobre pastora.

—¡Vaya!—dijo el enanito conmovido—, no te apures, que por algo soy yo el rey de los gnomos y tengo el poder de salvarte. Cuando te acerques al río, di estas palabras: «Río con daloso, aparta tus olas de plata.» Para lo demás,

toma esta botella de aceite, este mendrugo de pan, esta soga y este trapajo. Harás de mis regalos el uso que



te pareciera conveniente, y todo te saldrá a pedir de boca.

Con alegre tintineo de sus cascabeles de plata, el enanito se quitó cortésmente el gorro, hizo una pirueta y desapareció.

Maruxilla echó a andar. Al llegar al río, dijo: «Río caudaloso, aparta tus olas de plata.»

—Pasa, linda niña—dijo el río.

Y se apartó. Maruxilla pasó y llegó hasta la terrible verja oxidada. Destapó la botella de aceite, untó cuidadosamente los goznes, y la verja se abrió sola y sin ruido. Un mastín enorme se abalanzó gruñendo y ostentando agudos colmillos; Maruxilla le arrojó el mendrugo, y el mastín se fué a devorarlo a un rincón. Junto al pozo había una mujer que sacaba cubos con las trenzas de sus cabel-

los. Al ver a la niña, se disponía a apoderarse de ella, cuando Maruxilla le regaló, sonriendo, la sogá que traía. La mujer se apresuró a utilizarla, y la dejó pasar. Maruxilla entró en la casa: hubo de cruzar la cocina; una mujer estaba allí limpiando el fogón con la lengua.

Al ver que se apoderaba de un enorme cuchillo, Maruxilla le ofreció el estropajo, y la otra, agradecida, se apartó.

Ya se hallaba Maruxilla en la alcoba de la ogresa; echada en su cama la odiosa Viborina, roncaba ferozmente. Sobre la mesa, en una caja de cristal, estaba el precioso huevo.

Cuando la ogresa se despertó, Maruxilla salía del cuarto, trémula, jadeante.

—¡Cocinera!—gritó Viborina—. ¡Altraviesa con tu cuchillo a esta ladrona!

—De ningún modo—dijo la otra—; me ha regalado un estropajo, mientras que usted me condena a limpiar el fogón con la lengua.

—¡Aguadora, ahógalala!

—De ningún modo; me ha regalado una sogá, mientras que usted me condena a sacar los cubos con la trenza de mis cabellos.

—¡Mastín, devórala!

—De ningún modo; me ha dado pan, mientras que usted me deja morir de hambre.

—¡Venja, ciérrate y aplástale!

—De ningún modo; ha untado de aceite mis goznes, que tenía anquilosados de tan resecos como usted me los deja.

Entonces la ogresa, furiosa, se levantó y echó a correr. Llegó al río cuando

ya Maruxilla se hallaba al otro lado.

—¡Abrete, riachuelo asqueroso!—gritó la ogresa.

El río obedeció, y cuando la ogresa estuvo en medio se cerró y la ahogó.

Ya en posesión de los tres huevos, Maruxilla subió a la montaña y los depositó en el nido, mirando al águila real frente a frente, sin miedo.

Luego vivió muy dichosa con sus ovejas y su perro «Sultán», y hasta consiguió meter en cintura a la traviesa Blanca; algún tiempo después se casó con un bueno y honrado leñador... porque ya comprenderéis que todas las pastoras no se pueden casar con reyes, ni aun con príncipes.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.

IMPRESIONES DE UN LECTOR

UN LIBRO SOBRE NORTE-AMÉRICA

TENGO ahí, sobre mi mesa, dos libros en alto grado reveladores. Ambos son producto de la experiencia personal de dos espíritus altamente selectos; son dos libros de alto reportaje: el uno es *El peligro yanqui*, de Luis Araquistain; el otro es *Mi viaje a la Rusia soviética*, de Fernando de los Ríos. Hablemos hoy del primero.

Los Estados Unidos de América han sido, desde sus orígenes, modelo y guía de las nuevas democracias. La Revolución inglesa aportó su espíritu a la francesa a través de América, como si el *Mayflower* puritano hubiese retornado a Europa trayendo a La Fayette. En nuestros días, la intervención de Norte América en la guerra produjo una nueva exaltación de esos valores. Justo es decir que a ello contribuía, en primer lugar, la personalidad de Wilson, indiscutiblemente el hombre más idealista de cuantos tuvieron en la guerra intervención directa.

Pocos fenómenos sociales tan interesantes como la doble evolución ascendente y degenerativa de la gran República americana, cuyo cuerpo ha ido creciendo a expensas de su alma. Hoy se nos presenta como la representación extrema de una cultura humana, el coeficiente máximo de una evolución, incapaz de posteriores impulsos y destinada a extinguirse, cediendo su puesto a una nueva etapa de la Humanidad.

Los Estados Unidos, Rusia...

La antinomia entre esos dos pueblos tiene un valor simbólico superior a la mera oposición externa y visible. Hay entre ellos una oposición como de extremos límites geográficos e históricos, en el espacio y en el tiempo; como si entre sus nombres mediase una Edad. «Los Estados Unidos—dice Araquistain—forman el baluarte más fuerte del capitalismo. En ninguna parte la clase capitalista es más poderosa ni está mejor organizada; en ninguna parte la clase obrera tiene menos conciencia de clase... Los Estados Unidos representan ahora la derecha social frente a Rusia, que es la extrema izquierda.»

Si observamos ese contraste con una cabal percepción de los insuperables valores geográficos e históricos, descubriremos en él la extinción de una marcha secular del hombre y el recomienzo de otra casi en los mismos lugares donde empezó la anterior. Norte América es el término de la caravana de los arios. Como un resurgimiento de la fabulosa Atlántida, la tierra norteamericana ofreció, más allá del Océano, un nuevo solar a las migraciones que empujaron a los arios desde el Oriente clásico al Oc-

cidente indefinido y nebuloso. Allí se han fundido las generaciones célticas con las germánicas, y allí han acudido también, como restos desvinculados de primitivos campamentos, fuertes núcleos latinos y eslavos. Pero no ha nacido de ese inmenso zoco una fórmula nueva y fecunda de la cultura humana, sino una exaltación de los viejos valores del progreso, del progreso en sentido cuantitativo, no cualitativo. Desde la tienda patriarcal de la Bactriana al rascacielos de quince pisos hay una escala puramente material, no correspondida con una paralela exaltación de los factores del espíritu.

¿Cuáles fueron los elementos que llevaban en germen los fundadores de Norte América? El puritanismo y la tendencia positiva o utilitaria. El primero, evolucionando bajo las nuevas influencias medievales, produjo el sentido democrático, y esta fué la principal divergencia respecto a la metrópoli, cuya evolución tendió siempre a las fórmulas liberales. En cuanto al positivismo, contrastado en la Gran Bretaña por una tradición ardorosa y por la fuerte valoración poética de la raza, pudo en Norte América informar toda la contextura de la ética y de la política. Sus últimas consecuencias son la materialización absoluta del sentido de la vida y la consagración de la doctrina del éxito; un nombre bien significativo, el pragmatismo, difundió por el mundo la sistematización filosófica de ese predominio del instinto sobre la conciencia.

Pero las características de Norte América no son, en realidad, mas que agudizaciones de los valores actuales de la vitalidad europea. La guerra ha producido también a nuestra Europa un despertar de los instintos mal encubiertos por la civilización nominal. Diríase que a la externa y enfática exaltación idealista que tan útil fué para los combatientes occidentales contra Alemania, ha sucedido una reacción materialista, empírica, positiva. Lo curioso es que, como esas cualidades son la característica de la Alemania vencida, parece que la verdadera venganza de los caídos consiste en el contagio de su espíritu a los vencedores, a fin de que mañana les prepare, a su vez, para la derrota...

La más triste evidencia que resalta del libro de Araquistain es la inferioridad espiritual de la clase obrera americana respecto a la europea. Actúan sobre ella, todavía, los viejos prejuicios antipolíticos, tan fomentados por los enemigos del proletariado y que han contribuido a mantenerlo en la previa confesión de reconocerse como clase y no como núcleo

y elemento dirigente de la futura cohesión social, que ha de formarse por la integración de la última casta proscrita en el dominio de la tierra y en la soberanía de la *Civitas*. Además, por interpretación demasiado literal de una frase de Marx, «la exclusión de la inteligencia constructiva y teórica ha hecho del movimiento obrero norteamericano una de las fuerzas más ciegas y estériles del mundo moderno.»

No creo que las graves inculpaciones del autor respecto a la Prensa norteamericana sean exclusivas de ella, por desgracia... También en la europea el idealismo, la verdad, la sinceridad, son excepcionales.

Cita Araquistain la frase de un norteamericano como definición exacta de su país: «Es una gran democracia sin libertad.» Esa República se nos muestra, pues, como una casi absoluta conformidad de las voluntades individuales con una plasmación definitiva de la sociedad humana; sin aquel sutil y admirable sentido de la sacra inquietud, de los avances indefinidos, del «devenir», puestos más allá de los límites visibles como el cielo en el horizonte, siempre inasequible, pero siempre alimentador de la esperanza. Esa ausencia de inquietud en el alma colectiva de Norte América nace, probablemente, de la falta de una tradición que revele el esfuerzo vencido, el ejemplo alentador del cambio triunfal de ayer; el precedente de las grandes crisis históricas que atestiguan la victoria del hombre sobre su propia naturaleza.

Pero ¿es Norte América una democracia? ¿No será con más razón una plutocracia, último grado en la evolución natural de la etapa burguesa? No hay sociedad viable sin aristarquía, sin la polarización de las clases en una relación de dirigentes a dirigidos, de selección a multitud. Norte América quedó libre de las viejas aristocracias europeas, apoyadas en la transmisión por herencia de sangre. Y como no tuvo todavía la necesaria preparación para las selecciones intelectuales, la gama social de sus valores se estableció sobre la riqueza; de ahí nació una moral concomitante, que podría formularse como la consagración del éxito (de la cual tenemos en España tan notorios defensores). Compárese ese proceso histórico, por el cual la originaria sociedad inglesa, tan aristocrática, se transfiere en una jerarquía crematística, con la degeneración de la República romana cuando su jerarquía directiva pasó de los patricios a los optimates, a los nuevos ricos. Acaso la guerra produzca en todo el mundo una decadencia igual.

Araquistain dedica una luminosa página a describirnos la Liga de Naciones como «una consecuencia lógica del espíritu del partido demócrata, una extensión a la órbita de la humanidad del principio federacionista y libertador; un intento de superación de los Estados nacionales en un esquema de federación internacional.» La lucha de Wilson con el partido republicano fué «la tragedia entre el espíritu de libertad universal y el espíritu de libertad local.» El proceso de formación de los Estados Unidos debía sugerir en un alma vidente el deseo del Estado Universal, o federación internacional. Pero el imperialismo americano se opone a la Sociedad de Naciones como se opuso el germánico a la Conferencia de La Haya; anótalo intencionadamente Araquistain.

Tengo que hacer mis reservas en cuanto a la condenación absoluta del derecho de intervención, que yo acepto como principio de humanidad y libertad. La intervención de un pueblo capacitado y sincero puede representar la ayuda prestada a los individuos de otro pueblo contra un régimen tiránico; a una nación contra su Estado. Toda revolución tiene un carácter humanista, universalizador; despréndese, pues, de ella una fuerte irradiación interventora. ¿No fué así, exaltadamente, la Revolución francesa? Claro está que todo depende de la verdadera superioridad del pueblo interventor...

Quiero señalar, al paso, las muy sugestivas páginas en que el autor establece un paralelo entre Chicago y Barcelona como centros de agitación social, o entre las cruentas y tenebrosas luchas de los *Molly Maguires* y la palpitante lucha entre Sindicatos y patronos en la capital catalana. No menos vital interés tienen las dedicadas a la sustitución del carbón por el petróleo, como oculta y suprema causa de las luchas entre naciones o verdadera ley materialista de la Historia.

La iniciativa de Wilson proporcionó a su país un regalo espléndido, puesto que hizo aparecer ante el mundo su propio idealismo «como el alma de todo un pueblo». Mas—observa Araquistain—«parece difícil querer armonizar ningún idealismo con las fuerzas prácticas que constituyen la esencia del mundo moderno. A veces, el materialismo imperante gusta de cubrirse con el prestigio de una personalidad como Wilson para obrar más desenvuelta y vorazmente a su sombra. Pero la tragedia del individuo crédulo y desinteresado es inevitable. La época actual sólo es provechosa para los hombres de presa, de garras y dientes. Sobran las ideas... Triste destino el de

esta pobre Humanidad que parece no tener otro objeto que el dar vueltas al planeta, erigiendo imperios sobre las ruinas de los caídos y destruyendo inmediatamente los que acaba de levantar; castigando la soberbia de unos pueblos y cayendo en seguida los castigadores en el mismo pecado de los que recibieron castigo.»

Gabriel ALOMAR

CAPRICHOS

La casa con lápida

SIEMPRE lo había dicho: —Ya quiero, cuando nos mudemos, encontrar una casa con lápida... ¡Lo que yo daría por vivir en la misma casa y en el mismo piso en que vivió el gran suicida! ¡Me suicidaría en prueba de admiración!

Mucho buscó por toda la ciudad la casa con lápida. Llegó a tener un verdadero itinerario que ligaba unas con otras las casas con lápida.

La esposa sólo imponía una condición a aquel deseo:

—¡Que no sea la casa del suicida! ¡No quiero que te suicides!

No le importaba la lápida que fuese. Lo que quería es que entre balcón y balcón hubiese una lápida de bronce, de piedra o de mármol.

Por fin encontraron la casa con lápida, y se mudaron a ella. El despacho lo puso en la habitación que estaba de espaldas a la lápida, y en la que indudablemente había meditado el gran hombre.

En la alcoba sintió un problema en que no había pensado. «El gran hombre había muerto en esa alcoba!»

La cama establecida allí era como la cama del muerto, la cama en que acababa de morir. No le dijo nada de aquello a su esposa, para evitar sus miedos y hasta que se negase a acostarse allí.

Antes de dormirse, estuvo durante un largo rato con la luz encendida, mirando al techo de la alcoba y pensando que si se llevó al otro mundo la descripción de aquel cielo lívido, con brillos de sepultura. Hubo en la noche un momento en que agonizó y dio sus boqueadas ideas,

les, como si fuese el pez que mira a lo alto del lago en que se ahoga, a la superficie sobre la que flotará dentro de poco. «¿Es que los muertos estarán en los techos?» Fué el problema que se planteó, por fin, antes de dormirse.

Acostumbrado a la casa del grande hombre, llegó a crearse el mismo grande hombre y su secretario. Tenía en el estante central de la habitación una edición, encuadrada con gran lujo, de todas sus obras.

Un gran retrato del muerto en buena ampliación, y dentro de un marco estu-

pendo, presidía el despacho. Al andar por los pasillos, sentía sus pasos como si fuesen los del otro, y al asomarse por el balcón creía recordar el paisaje del otro y lo que sobre cada cosa, de las que estaban enteramente como entonces, pensaba el otro.

Así sucedió que, una noche, ya en las altas horas, apareció el gran hombre. Se abrió la pared en el respaldo de la lápida y salió como de un armario el hombre altivo, dueño, por su lápida, de aquella casa, como enterrado en aquel nicho que daba a la calle.

La esposa, que estaba con él, se llevó un susto atroz.

—¿Queréis ser mi familia?—preguntó el lapidado—. Los otros vecinos no quisieron nada conmigo, y no paré hasta que los eché de la casa.

—Encantado, querido maestro—dijo el dueño de la casa—. Usted mandará en mi casa, y nada más honroso para mí que obedecer.

—Le presentaremos como el tío Cayetano, que está en América, que ha vuelto—dijo la mujer.

—No necesitaréis presentarme a nadie... Que todos los que vengan pasen al comedor o a la sala... Aquí no recibáis a nadie...—dijo el grande hombre.

Después se paseó por la habitación y observó los libros de los estantes.

—Mira, batata—le dijo al dueño de la casa—: estos libros hay que tirarlos todos...

—Lo que usted quiera, maestro.

Y el grande hombre comenzó a hacer un limpión entre los libros y a tirarlos al cesto de los papeles...

—¡Pero me va a dejar sin un libro, maestro!—se atrevió a decir, quejosa-

mente, el dueño de la casa.

—Además—dijo el grande hombre—, esta luz eléctrica me molesta demasiado... Hay que variarla por luz de petróleo... La luz con que yo escribía mis libros y que espanta menos a las ideas que esta luz estrepitosa.

—Bueno, maestro—dijo el dueño de la casa.

La esposa estaba amilanada en un rincón de la habitación. No hablaba ni respiraba hacía un rato largo; pero, por fin, dijo:

—Es ya muy tarde. ¿Vamos a acostarnos todos?...

—Sí... Buenas noches—dijo el grande hombre—. Acuéstense y ciérranme el despacho por fuera... Yo entraré en mi pared cuando llegue el alba...

Después de esa presentación del grande hombre, todos fueron mandatos, exigencias, y en las discusiones siempre el grande hombre quería tener la razón, y no admitía que pudiera discutir el dueño de la casa.

En vista de eso, el hombre que había deseado vivir en una casa con lápida y en el piso de la lápida, tuvo que mudarse.

Ramón GOMEZ DE LA SERNA

EDITORIAL MUNDO LATINO

Publica las obras completas de Rubén Darío, Gómez Carrillo, Carrere, Ibsen, Verlaine, Manuel Machado, Guido de Verona, Villaespesa, José Francés, El Caballero Audaz, López de Súa, Hernández Catá y Cansinos-Assens.

Los laureados con el Premio Nobel Carlos Spitteler, Gjellerup y Knut Hamsun. Un selecto grupo de latinistas y helenistas colabora en la preparación de su nueva Biblioteca, en que los grandes autores de la antigüedad aparecerán directamente traducidos en lenguaje moderno.

De inmediata publicación: LA RAZ FLO-TANTE, novela inédita de José Francés; LAS COLUMNAS DE HERCULES, primera novela de Luis Araquistain, y GAVIOTAS Y GOLONDRINAS, de López de Súa.

Pedidos: Librerías, Estaciones y Yagués, Caballero de Gracia, núm. 28.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

AGUAS del INCIO

Aná ogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

LAMPARA NITRA A. E. G.



Consumo 1/2 vatio.

Luz blanquísima. - Preferida a todas sus similares.

Pídanse en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID { Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Plaza de las Cortes, 2.

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos.
La Casa más surtida en colores
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)
CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

NOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39. — TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONÓMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

LADRILLOS REFRACTARIOS

TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACÍFICO, 12
TELÉFONO M 17-65

Pedid Coñac Lion d'or



GRAN SALDO DE PIELS

confeccionadas y para confeccionar. Liquidación de medias y calcetines de todas clases.

HORTALEZA, 82
LA ESTRELLA

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MAN-TONES DE MANILA.
SAN BERNARDO, 1.

ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie.

Les Petits Suisse
Fernando VI, 17



CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20. — MADRID

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.—VELÁZQUEZ, 40.—APARTADO 269

Bachillerato, Derecho, Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Gobernación, Tribunal de Cuentas

Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

CARLOS COPPEL



FÁBRICA DE RELOJES
FUENCARRAL, 27
MADRID



Certificado de garantía
con cada reloj

HELIOS

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

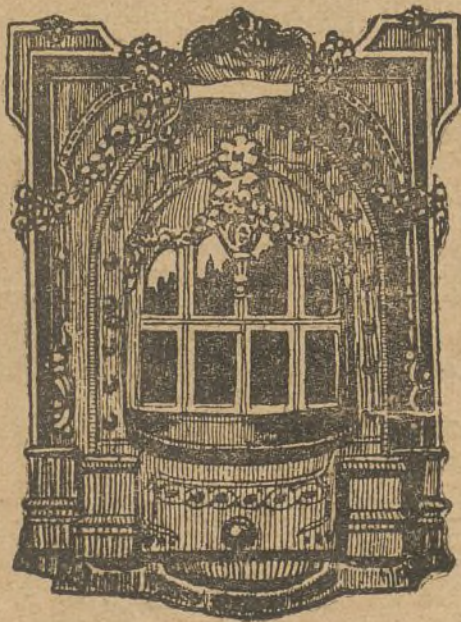
UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

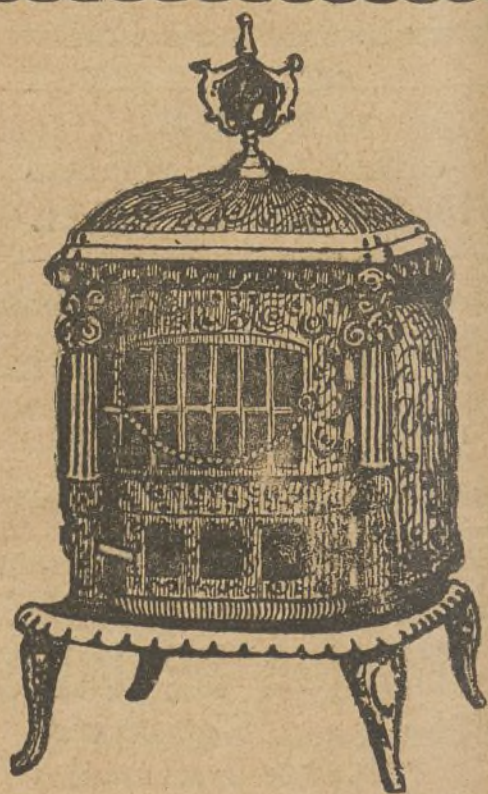
Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tufo

PARA COK, ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

VALLÉS, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986



PIDASE EL CATALOGO ILUSTRADO

Ayuntamiento de Madrid